



Cowen, M. Pablo



Notas para una arqueología de los temores infantiles: el Río de La Plata en el siglo XIX.

Anuario del Instituto de Historia Argentina

2006, año 6, p. 33-44

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica editada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida

Cowen, M. P. (2006) *Notas para una arqueología de los temores infantiles: el Río de La Plata en el siglo XIX*. [En línea] *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, (6). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.54/pr.54.pdf

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia *Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons*.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Para ver la licencia completa en código legal, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode>.

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

NOTAS PARA UNA ARQUEOLOGÍA DE LOS TEMORES INFANTILES : EL RÍO DE LA PLATA EN EL SIGLO XIX

M. Pablo Cowen

*Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata
cowenpablo@yahoo.es*

Resumen

Los adultos, muy poco dispuestos a poner en evidencia sus debilidades, se muestran reacios a reconocer sus temores. Los niños y niñas desconociendo en gran medida, convenciones y prácticas sociales restrictivas de lo emocional, se han mostrado y se muestran más libres en aceptar y hablar de sus miedos. Este miedo, ya en sus experiencias individuales o colectivas, puede definirse como la aversión a alguien o alguna cosa, que provoca, invariablemente, incapacidades, restricciones de la acción en distinto grado. Nos hemos propuesto advertir este miedo infantil, no sólo con el objeto de individualizar sus causas y efectos, sino también confirmar su persistencia a lo largo de los años, así como advertir como estos condicionaron la existencia infantil de generaciones posteriores.

Palabras clave: historia-infancia-miedos-persistencia

Abstract

The adults, very unwilling to put in evidence their weaknesses; they are shown reluctant to recognize their fears. The children and girls not know in great measure, conventions and restrictive social practices of the emotional thing, they have been shown and they are shown freer in accepting and to speak of its fears. This fear, already in its individual or collective experiences, can be defined as the aversion to someone or some thing that causes, invariably, incapacities, restrictions of the action in different degree. We have proposed us to notify this childlike fear, not only with the purpose to individualize their causes and effects, but also to confirm their persistence along the years, as well as to notify as these they conditioned the childlike existence of subsequent generations.

Key words: History-childhood-fear-persistence

Los adultos, muy poco dispuestos a poner en evidencia sus debilidades, se muestran reacios a reconocer sus temores. Los niños desconociendo en gran medida, convenciones y prácticas sociales restrictivas de lo emocional, se han mostrado y se muestran más libres en aceptar y hablar de sus miedos. Nuestro trabajo, nos ha mostrado que, más allá de la diversidad de marcos sociales y económicos, en que estas infancias se dieron, el miedo aparece como omnipresente. Este miedo, como un monstruo de mil caras, se hace evidente de las maneras más diversas y en los momentos menos esperados —aunque el miedo fue y es un aspecto indisociable de nuestra

humanidad— su análisis ofrece no pocas dificultades. No por la escasez de testimonios, sino por su abundancia y diversidad: memorias y autobiografías, repertorios de los cancioneros folclóricos o las artes plásticas nos muestran un sentimiento muy difícil de definir pero que todos hemos experimentado. Este miedo, ya en sus experiencias individuales o colectivas, puede definirse como la aversión a alguien o alguna cosa, que provoca, invariablemente, incapacidades, restricciones de la acción en distinto grado. Nos hemos propuesto rastrear este miedo infantil, no sólo con el objeto de individualizar sus causas y efectos, sino también confirmar su persistencia a lo largo de los años. En gran medida, vivimos en el cuerpo de nuestros antepasados, nuestros miedos infantiles, están conformados por condicionantes genéticos y ambientales que conforman una materia densa que seguimos soportando sobre nuestros hombros. Nos referimos tanto a los llamados miedos realistas como a los otros, los que obedecen a motivos menos racionales. El miedo, simple y común, puede ser también la antesala a las llamadas fobias, que suelen perturbar en distinto grado la vida cotidiana, hasta llegar al pánico, con una gran ansiedad y en ocasiones fuertes conmociones corporales. Ese miedo muta, persiste y condiciona; el niño puede ser su víctima, pero también su instrumento.¹

1. Arqueología del miedo

Nuestros temores parecen tener cierta naturaleza atávica, que se hace muy evidente cuando la víctima de ese ángel, es un niño. El niño puede actuar como su instrumento para propagar su ponzoña o como su continente, afligiendo a todos aquellos que bregan por su desaparición. La infancia de los niños y niñas de la ciudad de Buenos Aires también se construyó con un pavoroso aporte de temores. Esta niñez parecía asediada por una batería de miedos lo suficientemente intensos y variados para marcar a los niños el resto de sus vidas y reproducir ya adultos muchos de estos miedos en otros niños.²

¹ Sobre la caracterización de los miedos, particularmente infantiles, hemos seguido a: Agras, Stewart. *Pánico. Como superar los miedos, las fobias y la ansiedad*, Barcelona, Labor, 1993 y Gray, J. A. *La psicología del miedo y el estrés*, Barcelona, Labor, 1993.

² *Seminario de Agricultura, Industria y Comercio*, miércoles 4 de septiembre de 1805, reimpresión facsimilar publicada por la Junta de Historia y Numismática Americana, tomo IV 1805-1806, Buenos Aires, Kraft, 1928, p. 6.

2. Los dulces sueños

Los dulces sueños del niño eran inducidos por nanas no muy tranquilizadoras, aunque no por eso algo dulces e ingenuas. Qué hermosas pesadillas tendrían los niños lo suficientemente maduros para comprender lo que se le cantaba quizás monótonamente:

“Que se le cae la mano al nene”
que se le cae la mano al nene
que se le cae y no se la tiene”³

Sueños atroces que se confundían con caricias y delicias culinarias. El niño o niña se dormía seguramente con miedo e incluso sus oraciones diarias no inducían seguramente al buen descanso:

“Cuatro esquinitas”
si yo muriera
Dios me velara,
con las doce candelas
la virgen mirara.⁴

Animales feroces, tormentas y fuerza del mal que podían ser aplacadas por una oportuna oración, podían alejar el espectro del hambre, siempre amenazante:

“Virgencita criolla”
Virgen de Luján
que a los niños pobres
no les falte el pan.⁵

Las fórmulas de juego e incluso las celebraciones por un nacimiento no dejaban alejados a los niños de las penas eternas:

“Corto mano”,
corto fierro
cuando te mueras
te vas al infierno.⁶

o;

“Si no echan confitura
que se muera la criatura”.⁷

³ Bravo-Villasante, Carmen. *Una, dola, tela, catola. El libro del folklore infantil*, Valladolid, Miñon, 1984, p. 15.

⁴ *Ibidem*, p. 10.

⁵ *Ibidem*, p. 12.

⁶ *Ibidem*, p. 66.

⁷ *Ibidem*, p. 108.

Las amenazas por un sueño que no se adueñaba del infante, no sabemos si eran convincentes, pero si, indudablemente, resultaban intimidantes:

“Los coche´ están rotos
los caballos mancos
la madre esta enferma
y el padre borracho”

“Duérmeme mi niño
porque viene el coco
Queriendo comerse
Los que duermen poco”.⁸

El omnipresente coco, el infierno o la misma muerte, quizás serían tan atemorizantes como esa madre afligida preparando la comida de su pequeño.

“Que no hay mazamorra
ni leche ninguna.
Duérmeme mi niño
Que tengo que hacer
Matar la gallina y
Hacer de comer”.⁹

3. El niño, la niña y la muerte

En algunos casos las relaciones paterno filiales también estuvieron asignadas por el miedo, incluso, el más atroz, la muerte de los padres. La correspondencia de María Guadalupe Cuenca, mujer de Mariano Moreno, es innegablemente prueba del amor de una mujer hacia su marido, pero también un registro implacable del nacimiento y la consolidación del miedo. La pérdida, al parecer ineludible, del esposo y padre: “...no sé que cosa funesta se me anunciaba en Europa”, comenzó a marcar las relaciones familiares. En este clima lúgubre, vivió el hijo de la pareja, Marianito Moreno. Cuando Mariano Moreno moría en alta mar, el pequeño contaba solo con seis años y su madre con veintidós: el niño con su comportamiento daba muestra de la situación: “...Marianito me hace cuco con su vida y me dice, si me muero yo veré quien la consuela ahora que

⁸ Pérez Bugallo, Rubén. “Las primeras canciones de nuestra memoria”, en: *Revista de historia bonaerense. Niños*. Instituto histórico del partido de Morón, Morón, año V, N° 19, abril de 1999, p. 43

⁹ *Cantos de cuna y romances*, vol. 2, *Ruidos y ruiditos*, Judith Akoschky, coordinación musical y dirección artística, editado por Tarca / A.K.R.S.R.L., Buenos Aires, Argentina, 1992, “Duérmeme mi niño”.

no está mi padre y me dice tantas cosas de estas que cada día me engaña más...". Así María Guadalupe, nos muestra como ese niño asusta: su muerte dejaría a su madre en un estado más desesperante del que está. Esto ¿se debe a la imaginación de una mujer desesperada? Una estrategia de un niño —quizás también desesperado— tendiente a lograr mayores concesiones de su madre en crisis o solo pedía mayor atención personal de una madre que se intuye viuda, por un hijo que parece sentirse huérfano: "...se hecha a llorar, le preguntó de que lloraba, y me dice, "hay mi madre, donde está mi padre, cuando lo veré y a lamentarse, que me parte el corazón cada cosa de estas".¹⁰

Mariano Moreno, parece haber tenido tiempo antes de morir de bendecir a su hijo, pero en ocasiones la muerte parece haber llegado de manera tan pronta y traumática, que no se daba ninguna posibilidad de elaborar o prepararse para asumir la propia muerte y aceptar la de los padres. Este parece ser el caso de Carlos María de Alvear: el Brigadier Diego de Alvear al mando de una expedición, llevó consigo a su mujer e hijos, entre ellos a Carlos María, de unos quince años. La familia Alvear se encontraba en la fragata "Mercedes" —con cerca de otros trescientos pasajeros y tripulantes— cuando la nave fue atacada y abordada. El buque ardió y estalló en cuestión de minutos, terminando con la vida de todos los que iban en ella. El Brigadier y su hijo, fueron los únicos que escaparon del desastre, debido a que: "...no pudiese soportar las travesuras de este joven...", se embarcó en una chalupa con su hijo. Poco tiempo después tan solo ellos dos sobrevivían de la familia.¹¹

4. "Los niños eran tristes, porque la tristeza es contagiosa..."

Víctor Gálvez (Vicente Quesada) al memorar su niñez en la Buenos Aires de la década de 1830, no dejaba dudas sobre su relación con el miedo: "Ese miedo que los niños teníamos era una enfermedad, preguntábamos en secreto que había y se nos contestaba ¡Nada!". Esa nada causaba tanto o más intranquilidad, ya que los niños de la edad de Quesada, comprendían, aunque vagamente, el origen de ese miedo. Nadie podía considerarse a salvo del poder de Rosas y sus acólitos: "Los niños eran tristes, porque la tristeza es contagiosa: no se sentían las bulliciosas carreras infantiles en todas las casas, sino aquellas en las cuales por razones dadas estaban aseguradas y

¹⁰ Alzaga, Enrique Williams. *Cartas que nunca llegaron. María Guadalupe Cuenca y la muerte de Mariano Moreno*, Buenos Aires, Eméce, 1967, pp. 30, 11, 74 y 79.

¹¹ Nuñez, Ignacio. *Autobiografía*, Senado de la Nación. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1996, p. 60. El matrimonio Alvear y sus ocho hijos, navegaban hacia España en 1804, los buques en que viajaban fueron atacados frente al puerto de Cádiz, cfr. *Diccionario Histórico Argentino*. Publicado bajo la dirección de Ricardo Piccirelli, Francisco L. Romay y Leoncio Gianello, Buenos Aires, Ediciones históricas argentinas, tomo 1, 1953, p. 409.

garantidas contra todo peligro". La muerte parecía estar rondando siempre, particularmente cerca de aquellos cuya lealtad al régimen era puesta en duda: "¿No se han encontrado ustedes en alguna casa donde se vele el cadáver de un padre o de una madre? Entonces los niños no se ríen porque ven en todos los semblantes el sello de la desgracia. ¿Por qué no ríen? No lo sé, pero esa era la impresión de aquellos días.¹²

Un verdadero emisario de ese miedo era el famoso Cuitiño, cuya sola presencia y cercanía, provocaba violencia y desgracias; como lo prueba la muerte del Doctor Alcorta. Vicente Fidel López, refiere que la familia del médico le aseguró, que su encuentro con Cuitiño, le causó tal impresión que a los pocos días murió de un ataque cardíaco. El poderoso Cuitiño, con su salud resentida y soportando un cólico, mandó a tres o cuatro mazorqueros a requerir los servicios de Alcorta: este fue acompañado por su mujer, logrando atemperar el dolor de Cuitiño. En agradecimiento este se declaró su protector, protección que infundió en el médico un temor tan pavoroso que precipitó su muerte.¹³

Después del 3 de febrero de 1852, la administración del miedo solo parece haber cambiado de manos: Cuitiño fue encarcelado y posteriormente ejecutado con algunos de sus compañeros, entre ellos Alen. Camino del patíbulo el otrora jefe mazorquero, alentaba a sus camaradas de encierro a no dejarse ganar por el miedo ante la inminente ejecución: Alen, aquejado por una apoplejía que le impedía casi caminar, no se resistía a morir, "¡...se muere solo una vez carajo! ¡Muera como un hombre!". El condenado llegó al lugar de la ejecución gritando y lamentándose de su suerte, todo esto ante la presencia de su hijo, Leandro, de once años, que fue testigo, "...posó su mirada luego en el cadáver que pendía de una sogá, al lado del de Cuitiño, en la horca alzada en la plaza de la Concepción." El pequeño Alen vivió una niñez por demás atormentada, como refiere uno de sus biógrafos a partir de este episodio: "...cuándo los descolgaban para llevárselos a enterrar, el muchacho con los ojos llenos de lágrimas, exclamó —Tatita...! Tatita...! Tan chiquito en su corazón de sus once años...". A Leandro le causo tanto horror la muerte, como la vida de su padre, al extremo de intentar cambiarse el apellido, comprendiendo más tarde, que esto no era la solución, escribiría:

"Fantasmas que giráis sobre mi frente
negras visiones que azotáis mi alma,
¿qué queréis?"

¹² Galvez, Víctor (Vicente Quesada). *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1990, pp. 371, 372 y 374.

¹³ López, Vicente Fidel. *Evocaciones históricas, "El conflicto y la entrevista de Guayaquil"*. Grandes escritores argentinos XXIII, Buenos Aires, El Ateneo, 1927, pp. 35 y 36.

¿Quién os manda del abismo
para llenar de sombra mi morada?”¹⁴

Lucio V. Mansilla, tuvo sin dudas, una niñez feliz, pero en la cual el miedo no estuvo ausente: nació en diciembre de 1831 en la casa de su abuela, “...era lo que en tiempos de los españoles llamaban presidio viejo”. Tomás, uno de los esclavos de la familia y encargado de hacer dormir a los niños —Lucio y Eduardito—les decía con voz grave: “...no oyó niño, esos gritos?”, son las almas de los que están en los calabozos bajo tierra”. El general Lavalle, se había transformado en una figura terrorífica, a tal punto que la “negra María”, le decía a Eduardito, “...dormite hijito, niño, que sino ahí viene Lavalle a comerte”. El padre de los niños se enojaba con los negros: “...son ustedes los que han de tener la culpa...”, Lucio reconoció que existía en él un “...substratus de pavor inexplicable. Pues ahora, viejo ya —todavía no puedo dormir tranquilo a oscuras, necesito luz y no poca”.¹⁵

Las figuras fantasmales, siempre fueron utilizadas como “instrumento correctivo” de los niños ante conductas juzgadas por sus mayores como inconvenientes. Niñeras y esclavos domésticos no deseaban fatigarse ante un “amito desvelado”. El uso de cadáveres también fue usado como indicador del poder del Estado y la potestad de los padres para señalar “el camino correcto”: Manuel Alejandro Pueyrredón así lo recordaba: “El año de 1812 sucedió la conjuración de Alzaga. Después de fusilados, fueron colgados en la plaza pública. Aquellos eran los primeros fusilados y colgados que he visto..., Sentenach, este fue el único que me impresionó un tanto, porque era el maestro de la escuela de matemáticas...”¹⁶.

5. “Vengan niños, morid por la patria...”

Los niños siempre han sido desgraciados protagonistas de los conflictos armados.

¹⁴ González Arrili, Bernardo. *Leandro N. Alem. Una vida atormentada*, Buenos Aires, Sopena, 1939, p. 12, 17 y 23. Quien persuadió a Alem a no cambiarse de apellido fue Vicente Quesada, profesor de este en la facultad de Derecho de Buenos Aires. Sobre el “...sino trágico de la familia...”, ver de Gandia, Enrique; “Vida de Leandro Alem”, en: *Leandro Alem. Mensaje y destino*, I, su vida, Buenos Aires, Raigal, 1956.

¹⁵ Mansilla, Lucio V.; *Mis memorias - Infancia, adolescencia*, París, Garnier hermanos, pp. 42 y 43.

¹⁶ Pueyrredon, Manuel Alejandro. “Historia de mi vida”, en: *Biblioteca de Mayo*, Senado de la Nación, Colección de obras y documentos para la Historia Argentina, Memorias - autobiografías - diarios y crónicas, tomo 1, Memorias, Buenos Aires, 1960, p. 2100. Santiago Calzadilla en sus memorias, destacaba las virtudes pedagógicas de su maestro Rufino Sánchez “...llevo a los niños (y al mismo tiempo haga distribuir en la plaza una sentida invocación) de su clase a presenciar en corporación una ejecución capital que tuvo lugar en la plaza de la Victoria...” en Calzadilla, Santiago. *Beldades de mi tiempo*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1982, p. 75.

No solo por la miseria que toda guerra provoca particularmente en el bando derrotado sino también porque se los ha empleado como soldados. En nuestra historia también los niños fueron soldados. Era frecuente en aquellos tiempos los niños tambores en los regimientos, y conocemos un decreto de la comandancia general de armas de 1814, disponiendo que la policía recogiera a los muchachos que vagaban por las calles para que remplazaran la falta de músicos en los regimientos recientemente formados. Ya en las invasiones inglesas de 1806-07 los niños fueron regimentados y muchos de ellos fueron tambores. En 1851, por un decreto de Rosas, los niños de 12 años eran incorporados como tambores al ejército. De estos niños soldados-músicos el que alcanzó una posición mítica fue Pedro Ríos (1798-1811), conocido por la historia como el tambor de Tacuarí. Bartolomé Mitre, en su "Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina" hizo conocer el episodio que protagonizó este niño. Sabemos que se incorporó a las tropas de Belgrano, en marcha al Paraguay, en la localidad correntina de Yaguareté Corá, actual ciudad de Concepción: allí el 26 de noviembre de 1810, pocas horas después de su arribo, el general Belgrano recibió las adhesiones de un grupo de vecinos que quería alistarse en el ejército expedicionario. Entre ellos se hallaba Pedro Ríos, de 12 años, quien rogó al general que le permitiera marchar con sus soldados en calidad de tambor, junto a los integrantes de la banda. Asistió a las alternativas de la expedición combatiendo en Itapúa y Yuquerí, hasta que el 9 de marzo de 1811, en Tacuarí, cayó herido de muerte "tocando el redoble de combate a la cabeza de las tropas argentinas."¹⁷

Haremos brevemente mención a dos procesos donde hemos podido documentar la presencia de niños. En el primero la militarización que la sociedad rioplatense había experimentado desde las invasiones británicas en 1806 y 1807 y que se acrecentó con las guerras de independencia, tuvo entre otras manifestaciones un robustecimiento de una sensibilidad "marcial". Se ligaba la guerra con el heroísmo lo que generaba que los asuntos de la guerra fuesen un gran atractivo no solo por sus ribetes más superficiales sino también por que en determinados contextos sociales, la guerra era una posibilidad

¹⁷ Edmundo Serpa en *Historia de los Cuatro Siglos de Corrientes*, afirma que el niño se llamaba Pedro Ríos y contaba con sólo 12 años de edad cuando se incorporó al Ejército Libertador de Belgrano en su campaña a Paraguay. Pero el folleto editado por Juan C. Díaz Ocanto, miembro de la Asociación Belgraniana de Corrientes, arroja luz sobre este tema, concluyendo que el tamborcito había nacido en el establecimiento agropecuario "San Ignacio", Paraje Lomas de Verón, 1º sección del actual Departamento de Concepción de Yaguareté Corá, en la Provincia de Corrientes, y su aceptación como bisoño miembro de un ejército estuvo condicionada a servir de "lazarillo" al Mayor Celestino Vidal. En la plaza principal de Concepción se levanta un monumento en su memoria, réplica de la que se erige en el Colegio Militar. También en La Plata, en la plaza Máximo Paz. La historia del niño Ríos mereció un film: *El tambor de Tacuarí*, fecha de estreno: 6 de julio de 1948, dirección: Carlos Borcos, guión: Hugo Mac Dougall.

de ascenso social, de alcanzar un reconocimiento imposible de alcanzar en tiempos de paz. Esta militarización que sufrían las Provincias Unidas tuvo episodios como la formación de un batallón de niños en Mendoza en el marco de la campaña sanmartiniana de los Andes. El otro conflicto armado donde los niños participaron, fue en una de las guerras más terribles del siglo XIX americano, la Guerra del Paraguay o de la Triple Alianza. En esta guerra todos los ejércitos involucrados parecen haber contado con niños entre sus filas y particularmente entre sus bajas.¹⁸

6. "Y como no íbamos a aprender si éramos soldados de San Martín..."¹⁹

En una curiosa entrevista publicada por el diario la Nación en 1883 se da cuenta de los recuerdos de Tomás José Días de 82 años. Días señalaba con orgullo que él había pertenecido a un grupo selecto de niños y jóvenes que "Habían formado el primer batallón infantil argentino". En ese año de 1816 era General en Jefe del Ejército de los Andes y Gobernador de la Provincia de Cuyo el General José de San Martín que habría tenido la idea de crear un batallón de niños. Este proyecto le llegó a oídos del sacerdote José Ferrari, de la Orden de San Francisco, que dirigía una escuela y al cual le pareció excelente que sus alumnos se adiestraran en los conocimientos del arma de infantería: "...hicimos fue apartar los muchachos de los más grandes que fueran capaces de manejar arma de fuego conocer tercerolas estas armas que hacían de chispas arreglamos las compañías con sus respectivos oficiales, capitanes, tenientes, alférez, sargentos y cabos. " Marchar y entrenarse con inofensivos fusiles de palo eran las principales actividades del grupo que mostraba sus dotes en la Plaza principal o en la Alameda tratando de cumplir con un pedido del General "que tuvieron mucho cuidado para que no se lastimara ninguno y nosotros les contestamos, pierda cuidado que lo hacemos como vuestra excelencia lo dice".²⁰

7. "Un coronel paraguayo nunca se rinde"

Estas palabras habrían sido dichas por Panchito López que nació en Buenos Aires y murió con su padre en Cerro Corá a los 15 años. Más allá de la verosimilitud de esta actitud lo importante es indagar sobre los motivos que habrían tenido los adultos, como

¹⁸ Sobre los orígenes y particularidades de de la militarización: Halperin Donghi, Tulio; "Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815", en: *Past and Present*, n° 40, Oxford, julio de 1968.

¹⁹ *La Nación*. Buenos Aires, año 22, No. 6297, 7 de mayo de 1883.

²⁰ "1816 Historia de la formación de un batallón de niños en Mendoza". Archivo General de la Nación. Documentos escritos. Archivo y Colección Andrés Bello 1549-1894. Legajo n° 52.

responsable de los niños, sobre su participación como soldados en una guerra. Por supuesto que la primera causa que se alegó y se alega es el patriotismo o la consecución de un ideal tan trascendente que perder la vida sería algo menor frente al éxito final. Pero lo que no hay que ocultar es que los niños por lo común no deciden por sí mismos sino que deciden por ellos. Los niños suelen ser más ágiles y adaptables y se los puede “manipular” más fácilmente que a los adultos y por sobre todo “costaría menos sacrificarlos”. A estos “buenos soldados” por supuesto se les encomendaba tareas o misiones “acordes con su edad”. Los más pequeños han hecho de cocineros y concubinas, cuando hayan crecido un poco podrán tomar un arma y entrar en combate. Hay casos en que los niños son arrebatados de sus familias, otras veces “deciden unirse” al grupo armado para protegerse y sobrevivir. Las familias a veces alentaban a los niños a alistarse porque es una oportunidad de progreso económico y social. Pero no hemos de olvidar que los niños hasta cuando se incorporan voluntariamente tienen una edad demasiado corta para ser plenamente conscientes de los riesgos y de sus intereses genuinos. Sacar a relucir el derecho de los niños a unirse al grupo armado no es más que una excusa de los explotadores.

En general son malos soldados y sufren un porcentaje mayor de bajas en parte porque al no tener madurez ni experiencia corren riesgos innecesarios. Además, el cuerpo de un niño se haya más expuesto a las complicaciones por las malas condiciones del campamento militares: dieta inadecuada, falta de higiene y de cuidados sanitarios, duro entrenamiento y castigos físicos. Los mandos solían considerarlos auténtica carne de cañón, por eso se les entrenaba menos y debían acometer las tareas más peligrosas.

No pretendemos participar de la polémica historiográfica nacionalista que ha despertado el análisis de la guerra, pero sí hacer mención a un dato que ninguna de estas fuentes considera erróneo, la presencia de niños en la guerra. Por el lado paraguayo se glorifica la valentía de sus niños soldados como “Panchito” López, muerto a los 15 años, gritando: “ un coronel paraguayo nunca se rinde”. Después del saqueo de Asunción por las tropas brasileras y el inminente fin del gobierno del mariscal López este comenzó a reorganizar sus debilitas fuerzas contando con 14.000 “...ancianos de más de sesenta y niños que no llegan a nueve, pero tienen dedos para disparar el gatillo y sus débiles fuerzas no les impiden cargar el fusil o la lanza”. El episodio más conocido y trágico fue aquel en la batalla de Acostañú donde Bernardino Caballero mandó una legión de niños disfrazado con barbas postizas para que el enemigo los tome por adultos y les

presente combate, seis horas habrían resistido las cargas de la caballería brasileña, hasta que estos decidieron incendiar el campo con sus oponentes infantiles.²¹

Por el lado de los aliados los niños también estuvieron presentes. Entre las tropas argentinas y brasileras había niños, estos no son mencionados en la impresionante literatura que la guerra generó y genera, pero su presencia esta demostrada por testimonios iconográficos.²²

8. Consideraciones finales

Entre los miedos infantiles que hemos analizado, podemos observar claramente esos dos tipos de temores a los que habíamos hecho referencia. Los miedos realistas, aquellas que nos inducen a aceptar que, más o menos objetivamente podemos ser víctima de algún peligro inminente o aquellos que se conforman con cuestiones menos realistas y racionales, aunque no por esto se dejen de experimentar subjetivamente como muy ciertos y resulten condicionantes de nuestras acciones. La condición de adultos implicaría reconocer, por lo menos hipotéticamente, dos ámbitos diferenciales: el de la realidad más o menos objetiva y el ámbito de la fantasía o de la imaginación. Esta última puede construirse con cierta apreciación de lo externo, aunque se supone menos sometida a lo considerado razonable y lógico. La realidad, es una construcción apuntalada por nuestros intereses, actividades sociales y creencias, y en la construcción de esta "realidad objetiva", la edad se muestra como determinante. Esos miedos infantiles considerados por nosotros, los adultos, como irracionales y hasta ridículos, son tan o más reales para el niño o niña que los temores "realistas y ciertos", que sufrimos en nuestra edad de la razón. Los miedos están estrictamente unidos a la imaginación y si relacionamos a esta con los pequeños, quizás nos encontremos con un aspecto sorprendente: como ya lo han señalado algunos autores, la imaginación del niño no es más rica que la de los adultos, sino todo lo contrario: lo que de alguna manera hace más atractiva la imaginación infantil, es que se manifiesta de maneras y en momentos

²¹ Rosa, José María. *La guerra del Paraguay y las Montoneras argentinas*. Biblioteca Argentina de Historia y Política, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, pp. 284 y 255.

²² Las obras que hemos consultado sobre la Guerra del Paraguay son: De Marco, Miguel Ángel. *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 1998; Beverina, Juan Carlos. *La guerra del Paraguay.(1865-1870). Resumen histórico*, Buenos Aires, Institución Mitre, 1973. Entre los trabajos que aluden al heroísmo paraguayo y particularmente de sus niños Pomer, León. *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Calden, 1968; Domínguez, Manuel. *Causas del heroísmo paraguayo*, Asunción, H. Kraus, 1903. O'Leary, Juan E. *Páginas históricas de la Guerra del Paraguay*, Asunción, La Mundial, 1922; Ganson de Rivas, Bárbara. *Consecuencias demográficas y sociales de la Guerra de la Triple Alianza*, Asunción, 1985. Sobre la documentación iconográfica Cuarterolo, Francisco. *Soldados de la memoria. Imágenes y hombres de la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

inesperados y sorprendentes. Esos miedos realistas o no, cumplen una función ciertamente necesaria: protegen a la cría de posibles daños cuando se aleja de las cercanías de la madre, del ámbito protegido. Estos miedos infantiles decrecerían en intensidad a medida que maduramos, pero sus vestigios pueden acompañarnos toda la vida e incluso prolongarse e intensificarse, transformándose en fobias. Estos miedos que nos preservan de situaciones juzgadas como eventualmente peligrosas, son el arma que tenemos para protegernos del desconocimiento del mundo. El miedo, casi como un mecanismo biológico interno, nos resguarda de esos mismos peligros que nos espantan y limitan.

Hemos advertido asimismo que las personas más cercanas al niño, cuidadores y padres, parecen ser los principales transmisores del miedo, miedo que quizás no los ha abandonado completamente. El miedo se aprende y hereda, de ahí, la persistencia de ciertos temores en algunas familias y épocas. Estos miedos que se aprenden y refuerzan por cuentos, oraciones, fábulas y juegos, más allá de cierto carácter morboso que pueden presentar algunos individuos con asustar con aquellos que temieron, no parecen ser particularmente negativos: los niños siempre sobreviven, se imponen al villano y terminan con el lobo y la bruja. La exposición de cadáveres en lugares públicos frente a los niños tendría para algunos cierta finalidad didáctica: ver la degradación continua de esos despojos que una vez hablaron y actuaron deformados ahora por la descomposición de la muerte, llevaría a los niños por el recto camino, del cual el infortunado se había apartado, pero en la memoria que construimos con nuestras experiencias y fantasías estas prácticas no creemos que hayan sido en absoluto benéficas para la psiquis infantil. Los miedos infantiles aparecen conformados por los temores de nuestros antepasados y por aquellos que surgen de nuestra interacción con el medio. El miedo persistió y persistirá, aunque sus formas e instrumentos muten, sus efectos parecen siempre reconocibles: sus rastros, su ponzoña, perduran en gestos y muecas, como esos niños con rostros desencajados que abrazan a su madre frente a una figura que parece no tener rostro: el miedo, el cuco, que asustó y asusta, esta todavía presente en las pesadillas infantiles.